



# Benjamín Serra Sobradamente preparado para limpiar váteres en Londres

La voz esperanzada de una juventud  
dispuesta a ganar la batalla del futuro

Benjamín Serra  
**Sobradamente preparado  
para limpiar váteres  
en Londres**

La voz esperanzada de una juventud  
dispuesta a ganar la batalla del futuro

*ediciones península*

© Benjamín Serra Bosch, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014

Ediciones Península,  
Pedro i Pons 9, 11<sup>a</sup> pta.  
08034 - Barcelona  
[edicionспенinsula@planeta.com](mailto:edicionспенinsula@planeta.com)  
[www.edicionспенinsula.com](http://www.edicionспенinsula.com)

VÍCTOR IGUAL - fotocomposición  
HUERTAS INDUSTRIAS GRÁFICAS – impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-2 I.771-2014

ISBN: 978-84-9942-363-0

## ÍNDICE

Prólogo	9
1. Generación pardilla	11
2. España a. C. (antes de la Crisis)	33
3. España d. C. (después de la Carrera)	45
4. <i>Welcome to London</i>	61
5. Barista	83
6. <i>Cheers, mate</i>	115
7. La vida diaria	129
8. El trabajo cualificado existe, no es un mito	155
9. <i>Boom</i> viral	175
10. ¿Y qué pasa con el futuro?	191
Epílogo	207
Guía para aterrizar en Londres sin estrellarse	209
Agradecimientos	221

## GENERACIÓN PARDILLA

Ya me había dado cuenta, a las pocas semanas de comenzar mi estancia en ese periódico, de que no existía posibilidad alguna de ser contratado y comenzar en él una carrera profesional. Su funcionamiento, digamos «atípico», me hizo pensar que esas prácticas se iban a quedar en eso. Unas prácticas. Otras más que añadir a la lista... como todas las anteriores. Un par de líneas más en LinkedIn.

Sin embargo, la directora me pidió que siguiese colaborando con el periódico al acabar la beca. Pensé que, milagrosamente, había decidido cambiar su forma de trabajar y empezar a contratar periodistas para seguir adelante con el proyecto. «Oye, Benja, he pensado que a lo mejor te gustaría quedarte.» ¡Por supuesto que me gustaría! Aunque, para decir toda la verdad, la forma en que se trabajaba allí no era la que yo había soñado.

Cada uno de los becarios trabajaba desde su hogar. Nos conectábamos a Skype de nueve de la mañana a seis de la tarde, esperando a que Mónica, la directora, nos diera alguna instrucción durante la jornada. Si se conectaba. Pero también teníamos reuniones una vez a la semana en la sede del periódico, que no era ni más ni menos que la casa de uno de sus amigos. Reuniones en las que los otros becarios y yo trabajábamos con los portátiles sobre nuestros regazos. ¿Para qué escritorios? Mien-

tras lo hacíamos, *Orlando* paseaba tranquilamente o nos vigilaba tumbado en el sofá. Nosotros le llamábamos editor jefe y le hablábamos respetuosamente de usted. Para los demás, *Orlando* era un simple gato.

A pesar de esto pensé que, por el momento, no había mejor opción. Al menos era un trabajo de periodista. Poco ortodoxo, aunque de lo mío al fin y al cabo. Con un sueldo que seguramente sería tirando a bajo, pero con que me diera para vivir me bastaba. Un sueldo precario, en efecto, pero si hubiese cobrado lo mismo que más adelante me pagarían en la cafetería, me habría quedado sin dudarlo. Ya encontraría algo mejor más adelante. «Oye, Benja, he pensado que a lo mejor te gustaría quedarte», dijo la directora en una conversación por Skype. ¿Cómo no? Estoy viviendo en mis propias carnes un milagro. Más de una vez me habían dicho eso en unas prácticas, pero siempre había una segunda parte, así que debía ser cauteloso. «¿Qué planes tienes? Podrías buscar alguna beca de otra institución que te dé algo de dinero para seguir colaborando aquí.» Al parecer, ofrecer un contrato y un sueldo al mismo tiempo estaba mal visto últimamente. Si quería milagros, a Lourdes. O a Fátima. Pero no a Mónica.

## VOLVER A ESPAÑA...

Cuando haces unas prácticas, te esfuerzas por trabajar lo mejor posible, satisfacer a la empresa y aprender todo rápidamente para que llegue ese momento. El momento en que te ofrezcan quedarte en la empresa, y en el mejor de los casos, casi utópico, contratado. En anteriores ocasio-

nes ya me habían propuesto quedarme después del periodo de prácticas, pero... Pero. La misma *fucking word* de siempre. Pero. Pero sin cobrar. Pero como becario precario. Pero explotado. Pero aprovechándose de ti. Se ve que como nos gusta tanto lo que hemos estudiado en la universidad y estamos tan entregados a la causa, podemos vivir del aire.

Pero Eolo no te da ni para pipas. Y menos en una ciudad tan cara como Londres, en la que no puedes vivir permanentemente de becas, entre otras cosas porque la cuantía de estas suele ser bajísima. Por supuesto, no había tenido suficiente para los seis meses de duración de las prácticas con la abrumadora ayuda económica que me otorgaron con la beca Leonardo. ¿Cuatro mil euros para seis meses? Imposible.

Llegado ese momento, tenía que tomar una decisión firme al respecto. En mi mente ya se venía formando desde tiempo atrás una idea bastante clara. No podía vivir de becas. Así que debía volver a España o quedarme en Londres. Había más posibilidades, por supuesto. Pero esas parecían las dos opciones más viables en ese momento.

Por un lado, regresar a Valencia significaba volver a meter en una maleta grande y en el equipaje de mano toda mi ropa, mi portátil, mis recuerdos y experiencias vividas en seis meses y hacer el camino contrario al que hice el 28 de octubre de 2012. Llegar a Stansted o Gatwick (obviamente viajaría en una compañía *low cost*), embarcar, despegar, leer algún libro durante dos horas en el avión, aterrizar, abrazar a mi familia y llegar a casa. Después, dormiría en la cama que tanto había echado de menos, quedaría con mis amigos y amigas, les contaría todo, me pondría al día y disfrutaría de mi ciudad. Cuando eso

acabara, dejaría pasar una semana y volvería a la situación en la que me encontraba justo antes de llegar a Londres. Muerto del asco.

Como si esos seis meses hubieran sido un simple paréntesis y tocara volver a la realidad. Una realidad que se basaría en ver pasar los días mientras buscaba ofertas de trabajo en algo relacionado mínimamente con el periodismo, la publicidad y las relaciones públicas. Pero no resultaría fácil: los medios de comunicación cerraban o despedían empleados a diario y la inversión en publicidad caía en picado.

Enviaría mi *curriculum vitae* a ofertas de prácticas no remuneradas o vería cómo ni siquiera podía acceder a alguna de ellas porque, al estar ya licenciado, la empresa no podría firmar un convenio de prácticas con la universidad en la que estudié. Un requisito indispensable en muchas ocasiones. Al parecer, las empresas quieren que estemos matriculados de por vida en la universidad para no tener que darnos de alta en la seguridad social. Así sale adelante un país. Lo estamos haciendo muy bien.

Si volvía a España, me imaginaba en mi habitación, delante del ordenador, buscando ofertas día tras día. Dicen que buscar empleo es un trabajo en sí mismo, pero yo no veía el sueldo por ningún sitio. En ese día a día, me movería entre la esperanza y la desesperación. Una balanza. Los días de esperanza buscaría motivado entre las pocas ofertas de empleo en comunicación en páginas web especializadas, en redes sociales o simplemente poniéndome en contacto con empresas de cualquier parte de España. ¿No, verdad? Sigue intentándolo, Benja. Los días de desesperación serían aquellos en los que, después de recibir un correo con la frase «Ahora mismo no dispo-



nemos de ninguna vacante» (que, en realidad, quería decir: «No me he molestado en leer tu currículum ni los otros 258 que me han llegado hoy»), me hartaría de todo y esperaría a que llegase el día siguiente para continuar con la búsqueda. El resto de mis días oscilarían entre la esperanza y la desesperación. Un «ni bien ni mal». Un «a ver si sale algo». Días en los que aceptaría la situación que me había tocado vivir y buscaría un trabajo en cualquier empresa que me diera una oportunidad... de cobrar. Ya que seguramente no trabajaría en lo que quería, lo más importante después de eso era el dinero. ¿Para qué mentir? Supermercados, grandes almacenes o restaurantes eran casi siempre las opciones a las que recurriría.

Primero vendría el «algo tiene que salir». Después eso de «¿cómo es posible que no salga nada?». Y, finalmente, el «que salga lo que sea». Todo esto tras ver como Decathlon o Mediamarkt ni siquiera te llaman para una primera entrevista. Aunque en el fondo, es normal. Demasiados ingenieros, abogados o diseñadores entre los que elegir para descargar cajas en el almacén.

Sabía bien que esta sería la situación que experimentarían al volver a España porque mi vida fue así durante un año, desde que acabé mis últimas prácticas en septiembre de 2011 hasta que me fui a Londres. Otras prácticas, aquellas, en las que podría haberme quedado de no ser porque el alquiler en Madrid tampoco lo paga Eolo.

Lo bueno era que siempre podría recurrir a trabajos temporales como ya había hecho anteriormente. Gracias a vender palomitas o camisetas y gorras de *merchandising* en algún acto organizado en el pabellón de la Fuente de San Luis, en Valencia, mi vida laboral en España ascendía a la ingente cantidad de... dos días.

Sabía que estar en casa un día tras otro, excepto por mis salidas a las clases de inglés y a algún que otro seminario o cursillo, iba a ser frustrante porque ni siquiera podía encontrar un trabajo para el que no me hubiera preparado. Parecía ser cierto aquello de que las empresas no quieren contratar a jóvenes demasiado cualificados porque creen que en cuanto estos encuentren un trabajo «de lo suyo», abandonarán su puesto para aceptar la otra oferta, aunque sea por trescientos euros al mes. Y tenían razón. Yo lo habría hecho.

De lo que no parecían haberse dado cuenta esas empresas es que, mientras tanto, teníamos que vivir de algo y que la parte de la oración «en cuanto estos encuentran un trabajo “de lo suyo”» podía ocurrir muchos años más tarde. Exactamente seis años más tarde: en 2018. Para esa fecha, se prevé que España recupere el PIB anterior a la crisis..., aunque podría ser también diez años y no seis, si atendemos a las previsiones de recuperación de los millones de empleos perdidos. Para 2022, yo ya habría trabajado una década y comenzaría a cotizar para poder jubilarme en mi casa de campo y viajar en grupo a Benidorm con el Imsero. Autobuses con cincuenta personas que nunca en su vida habrían ejercido la profesión para la que se habían formado en la universidad... pero que bailarían pasodobles felizmente.

Con aquellos trescientos euros no podría haberme independizado, alquilar un piso o ahorrar. De hecho, solo me los habría ahorrado si hubiera vivido con mis padres, puesto que no habría podido hacerlo en cualquier otro lugar. Aun así, sentiría que lo que había estudiado mereció la pena. La pena de cobrar trescientos euros siendo arquitecto o biólogo.

## ... O QUEDARME EN LONDRES

Con ese panorama, solo quedaba esperar un golpe de suerte. O un enchufe. Que en España vienen a ser algo bastante similar. Por un lado, no es que la suerte no me sonriera, es que se partía de la risa cuando se cruzaba conmigo y luego se lo contaba a sus amigos en Twitter. Y por otro, el enchufe no lo encontraba en ningún sitio. Y mira que intenté buscar algún cable del que estirar y que me llevara hasta él, pero no conseguí nada. Nunca he estado a favor de los enchufes, pero si las cosas funcionan así, hay que adaptarse. Ojalá tuviese un tío influyente. Se me ocurre un tío político o en un sindicato, por ejemplo.

De modo que, recapacitando sobre lo que supondría volver a España y vivir de mis padres, ambos en el paro, opté por la segunda opción: quedarme en Londres. Una decisión algo distinta de la que han tomado muchos jóvenes españoles, puesto que yo ya vivía en esta ciudad, pero, en el fondo, la misma: emigrar.

Podría haber escogido cualquier otro sitio. En Inglaterra o fuera de ella. En Europa o no. Por ejemplo, Latinoamérica, un mercado mucho más fácil para nosotros por la facilidad del idioma. Pero en Londres ya había abierto una cuenta bancaria, tenía mi número de móvil y mis tarjetas de Sainsbury's y Tesco, mis supermercados habituales. Tenía hasta unas galletas favoritas, las Digestive, que se deshacían muy bien en la leche. Así que no era como empezar desde cero. Y los puntos de descuento que te dan en los supermercados por cada compra son algo que, quieras o no, te ata a un país.

Así que todo estaba planeado en mi mente. Volvería a España para pasar una semana de vacaciones. Haría el

camino de vuelta solo con una maleta de mano medio vacía para poder traerme jamón, fuet y chorizo al regresar. Eso que no faltara. Iría al aeropuerto, embarcaría en el avión (*low cost*, claro), leería durante dos horas en el avión y al aterrizar abrazaría a mi familia. Quedaría con mi gente, dormiría en mi comodísima cama y volvería a Londres a empezar una nueva etapa de mi vida. Buscaría un empleo que me llenase o trabajaría en cualquier cosa que me permitiera subsistir. Subsistir. Jamás pensé que tendría que buscar un trabajo con ese único objetivo.

Cuando uno ha estado tantos años preparándose para ejercer la profesión que le gusta, se ciega y no ve más opciones que esa. Pero la realidad muchas veces te golpea o, en el caso de mi generación, te pega una paliza y te deja convaleciente.

Es difícil encontrar a alguien que desee trabajar en algo que no le gusta. Tenga preparación académica o no, la necesite o no. Pero hemos crecido pensando que si estudiábamos, nos esforzábamos y sacábamos buenas notas, encontraríamos la recompensa al final del camino. Y de repente nos damos cuenta de que no es así. Que sí, la recompensa sigue estando al final del camino. Nadie nos la ha quitado, como muchos piensan. De verdad, sigue ahí. Pero, simplemente, cuando estábamos cerca de la meta, alguien ha vallado la zona sin avisar y ha decidido empezar a hacer obras en ese camino poniendo todo patas arriba. Y ya sabemos cómo son las obras en cualquier ciudad de España: se sabe cuándo empiezan pero nunca cuándo acaban.

Allá a lo lejos, sin embargo, se ve el final, la recompensa, el premio. Que no es nada más y nada menos que un trabajo para el que te has preparado y te apasiona.

Pero no queda más remedio que hacer un paréntesis en el camino o tomar una dirección que te lleva muy lejos. Lejos en términos geográficos o lejos del camino que habías escogido. O ambas opciones. Como en mi caso y en el de todos los que tomamos la decisión de dejar la comodidad de nuestros hogares para trabajar en algo «de lo que salga» en el extranjero.

### LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Londres es una ciudad apasionante, con más de ocho millones de habitantes y el mismo número de oportunidades. Cada día, unos llegan en busca de fortuna y otros la abandonan. Por sus características como centro financiero internacional y ciudad más visitada del mundo, el 85 % de la población de todo el condado de Greater London (Gran Londres) trabaja en el sector de los servicios, por lo que siempre hay nuevos puestos de trabajo disponibles.

Guiados por ello, por la facilidad de entrar en cualquier país de la Unión Europea sin visado y porque nuestro dominio del inglés, a pesar de que los españoles no tenemos un nivel alto en este idioma generalmente, suele ser mejor que el de otros idiomas extranjeros, muchos jóvenes deciden venir a Londres, del mismo modo que yo decidí quedarme en la ciudad al finalizar mis prácticas en el periódico.

Había hablado con mucha gente para tomar la decisión. Mis amigos españoles en Londres no tenían ninguna duda: «Quédate. ¿Qué vas a hacer en España?». Mis amigos en Valencia tampoco: «Quédate. Aquí no hay nada». Ni siquiera mi familia, que deseaba por encima de

todo que yo me quedara en casa, intentó convencerme de lo contrario: «Si crees que es lo mejor, quédate». Volver a España para no encontrar nada no cabía en mis pensamientos. No por el momento.

Quizá por ser una ciudad tan vibrante y con miles de cosas que aprender y vivir, muchos jóvenes españoles y también italianos, franceses o portugueses deciden venir a probar suerte a orillas del Támesis. Alrededor de sesenta mil españoles dejaron España en 2012 para buscar trabajo en el extranjero; más del doble que en 2007, antes de que la crisis comenzara.

De hecho, los españoles son el grupo de trabajadores inmigrantes que más ha crecido en el Reino Unido. En 2012, por ejemplo, se registraron setenta mil en la embajada española de Londres, aunque el número real podría ser cinco veces mayor según el diario británico *The Telegraph*. Una cifra algo exagerada. Pero el tema de la inmigración suele tener siempre un lugar destacado en este rotativo, lo cual podría llevar a pensar que *The Telegraph* considera que los españoles ocupamos demasiado espacio en su país.

Pero no solo los medios recogen estos datos. Según el Ministerio de Empleo de Gran Bretaña, España es el país que más trabajadores ha enviado, con un incremento del 40%. Esto supondría un total de 49.800 *españolitos*, superando a otros países europeos en crisis como Italia (39.400 personas), Portugal (28.300) y Grecia (25.000).

Estos datos coinciden con los publicados en agosto de 2013 por el Eurostat respecto al desempleo juvenil en Europa. Grecia, España, Italia y Portugal son el primero, segundo, cuarto y sexto país, respectivamente, con más jóvenes sin trabajo en el continente.

Por tanto, no era nada raro que durante mis primeros días en Londres encontrara tantísimos españoles en el metro o en el autobús o simplemente paseando por la calle. Algo que me llamaba mucho la atención y me provocaba una sonrisa. E incluso prestaba atención a sus conversaciones, que en la mayoría de las ocasiones, para no mentir, trataban de las situaciones que vivían en su precario puesto de trabajo. Aunque también hablaban sobre los planes para el fin de semana o de alguien que estaba sentado cerca de ellos. Muchos aún no están acostumbrados a los estilismos de algunos ciudadanos londinenses, por ejemplo. Aquí nadie te mira ni se sorprende de cómo vas vestido o del peinado que llevas. A no ser que tengas a un español cerca. Entonces no es que te miren, es que te hacen un repaso de arriba abajo. Somos así.

Después de un tiempo, eso que al principio me llamaba la atención y me hacía gracia se convirtió en algo tan normal que llegaba incluso a molestarme. Cada vez que oía hablar español y me giraba hacia su origen, descubría a un grupo de chicos y chicas de entre veintitantos y treinta y pocos años. No podía dejar de pensar que era un fiel reflejo de lo que pasaba en España y sentir rabia por ello. Por nosotros.

Al menos, todos ellos habían encontrado trabajo. Sabía, pues, que no iba a ser difícil. Todos los que había conocido en esa ciudad, incluidos mis amigos, lo habían conseguido sin problema. Laura llegó a Londres un año antes que yo y con la misma beca: aunque estudió Comunicación Audiovisual, ahora trabajaba de contable en una empresa. Patri, licenciada en Pedagogía, se estableció en la ciudad tan solo un mes antes de mi llegada: encontró trabajo muy rápidamente en una cadena de comida rápi-

da saludable. La misma en la que Dani empezó a trabajar cuando se instaló en Londres y que dejó seis meses después porque lo contrataron como topógrafo, la carrera que había estudiado en España. Un ejemplo de que la suerte también puede sonreírnos y de que no es imposible conseguirlo.

### LA NECESIDAD APREMIA

Yo solo quería un trabajo para empezar a sobrevivir en Londres. De cualquier cosa. En un principio no me importaba. Para un par de meses, quizá tres, mientras seguía buscando trabajo en medios, publicidad, marketing o redes sociales, y conseguía alguna entrevista de trabajo y hacerme un hueco en ese mundo estando ya en la ciudad. Estaba animado.

Ese es el pensamiento de la mayoría de nosotros. Jóvenes españoles que llegan a Londres animados por amigos o conocidos que en su día encontraron un empleo fácilmente y con la esperanza de que sea algo temporal hasta que, más adelante, puedan ejercer su profesión.

Son puestos que queremos desempeñar durante un breve periodo de tiempo. Raquel, una fisioterapeuta cartagenera de veintisiete años que trabajaba como camarera en un bar español del norte de la ciudad, nos dijo: «Esto era a lo que me dedicaba en verano para ganar algo de dinero y aunque no me disgusta, no imaginaba que iba a tener que trabajar en ello una vez acabada la carrera». Porque, en definitiva, estos puestos no son más que un empleo temporal para aquellos que queremos dedicarnos a otra cosa. Si alguien quiere trabajar en ello toda la vida



porque es su vocación, maravilloso. Pero nuestra idea es encontrar un puesto de ingenieros, economistas, psicólogos o maestros. En Londres o cuando podamos volver a España.

Es curioso cuántos de nosotros utilizamos esa expresión. Cuando podamos volver a España. Refleja exactamente la situación de nuestra generación. Nos han arrebatado la posibilidad de desarrollarnos profesionalmente en nuestro país, por mucho que Malú y Candela Peña intentaran convencernos en un anuncio de Campofrío de lo maravilloso y positivo de todo esto. «No te olvides de los jóvenes. Exportamos la generación más preparada de la historia», decían. Me hervía la sangre cada vez que oía eso. Pero no, tranquilos todos. No había razones para alterarse. Un grupo de jóvenes con sus maletas sonreían felices mientras los echaban de su país y gritaban un falsamente esperanzador «Pero volveremos...». Se les olvidó añadir «... cuando podamos».

Cuando decimos eso, dejamos claro que no depende de nosotros. Que no somos los responsables de esto. Sí, yo soy quien ha tomado la decisión de venirse al Reino Unido, y Patricia la de irse a vivir a Holanda, y Albert la de marcharse a Francia y Carlos la de quedarse en Estados Unidos después de una beca. Pero ninguno nos imaginábamos que tomaríamos esa decisión «obligados» por las circunstancias.

Aunque algún día volveremos. Claro que sí. Pero por el momento, aquí estamos. Currículum en mano y pateando una ciudad que quizás antes hubiéramos visto como turistas disfrutando de Hyde Park, el Big Ben o Piccadilly Circus. La diferencia es que ahora tu mirada, en vez de disfrutar de los edificios y monumentos a través

de un objetivo, solo busca escaparates, comercios o restaurantes en los que haya algún cartel que indique que necesitan personal.

Starbucks, Zara, Pret a Manger, Costa, Eat, Nero, McDonald's, H&M, River Island, Pizza Express... Las calles están llenas de locales de grandes cadenas de hostelería y tiendas de ropa, de tecnología o zapaterías. Compañías dedicadas al sector de los servicios y a la atención al cliente que se convierten en la opción más fácil para empezar a buscar trabajo, pues seleccionan y contratan personal continuamente y a diario.

De hecho, hay un refugio en Londres para los españoles que llegan al Reino Unido. A pesar de calificarlo así, no está nada mal situado ni se trata de un lugar clandestino. Se encuentra en una de las calles más famosas y céntricas de la ciudad. En el número 120 de Regent Street. El centro de selección de personal de Inditex, la empresa del gallego Amancio Ortega.

Es muy difícil ir a una tienda de Zara, Pull and Bear, Bershka o Massimo Dutti, las cuatro marcas de esta empresa con presencia en el país, y no encontrarse con que la mayoría de la plantilla es española. Parece ser que, durante el proceso de selección de personal, el hecho de ser español ayuda bastante. Para algo bueno nos tenía que servir. Menos mal que el tito Amancio nos acoge en su seno. Menos a mí, que aunque superé las tres pruebas que hacen y me dijeron que me avisarían «en breve», nunca me llamaron para una vacante. Esa me la guardo, Amancio.

Pero no hay que olvidar que estamos en Londres y, aunque todos seamos inmigrantes en busca de trabajo, algunos no pueden evitar querer experimentar una de las ciudades más *hipsters* del mundo incluso desde su puesto

de trabajo. Se ponen sus mejores galas. O las de sus abuelos, que con la moda *vintage* nunca se sabe. Y se van a buscar trabajo en locales independientes de zonas de «moderneo» por excelencia como Brick Lane o Shoreditch. Aunque al fin y al cabo la prioridad es la misma, la de encontrar trabajo. Que los modernos también pagan alquiler, como todo hijo de vecino.

Mi caso no fue distinto al del resto. Entraba a los locales que anunciaban su necesidad de personal y me dirigía a algún trabajador, preguntándole si podía hablar con el encargado sobre alguna vacante y para darle mi currículum. Respondía a las típicas preguntas: ¿buscas media jornada o completa?, ¿tienes experiencia?, ¿disponibilidad los fines de semana?, ¿cuánto tiempo llevas viviendo en Londres?, ¿nivel de inglés?, ¿Cola Cao o Nesquick?...

Ahora sé cuál era mi cara cuando entraba en esos sitios con una carpeta llena de currículos y respondía a esas preguntas, porque es la que veía en los otros cuando venían a probar suerte en la cafetería en la que trabajaba. Es una cara que refleja una mezcla de vergüenza, pánico y ruego. Una mezcla extraña pero fácil de reconocer en otros rostros que pasan por la misma situación por la que ya ha pasado uno, así que no podía evitar sentirme identificado con ellos. Por decirlo de otro modo, es una cara de pardillo. La cara de pardillos que todos tenemos al llegar.

Cuando leía en sus datos que eran españoles, y después de hacerles las preguntas de rigor en inglés sobre su experiencia, disponibilidad y opinión sobre la situación político-económica de Camboya, pasaba a hablarles en español. De repente, sus caras cambiaban y reflejaban alivio. Y aunque seguían siendo unos pardillos, se establecía

una pequeña conexión entre nosotros, como si ya nos conociéramos de antes. Y entonces, más relajados, preguntaban sobre el puesto, las tareas a desempeñar, cuánto se cobraba y a veces hasta se confesaban sobre su verdadero nivel de inglés. Normalmente, más bajo del que decían tener en un primer momento.

En tres días, tuve cuatro entrevistas y tenía programadas tres más para los siguientes, además de haber empezado el proceso de selección de otras. Resultó más fácil de lo que parecía en un principio. Ya llevaba viviendo en Londres medio año, así que más o menos me movía con tranquilidad de una zona a otra buscando ofertas y acudiendo a las entrevistas. Más pendiente de mi teléfono móvil no podía estar, esperando llamadas que me citaran para hacer algún *training*, que es la forma en que evalúan si eres adecuado para ese puesto.

Al tercer día, hice la prueba para una de las cadenas de cafeterías más famosas del Reino Unido. Por suerte, en este *training* solo invertí dos horas no pagadas. Hay empresas en las que se trabaja durante tres días por la cara (de pardillo) y eso no garantiza que vayas a conseguir el puesto. Algo que en el caso de que no te cojan, además de deprimirte, despierta tus instintos asesinos.

Al acabar la prueba, me dijeron que sí, que comenzaría dos días después. Y entonces debes responder a otra incógnita: ¿será este el trabajo más adecuado?, ¿espero a la entrevista que tengo mañana?, ¿sigo echando solicitudes? Tomas una decisión rápida. Aceptas. Al menos, tienes algo asegurado... La necesidad apremia... Ya veré cómo se desarrolla esto... Siempre tengo tiempo de cambiar de trabajo...